

Capítulo 9

DIOS ES INMUTABLE.

Cristo, Señor nuestro, tú has sido nuestro lugar de habitación en todas las generaciones. Como las liebres a su roca, así hemos corrido hacia ti en busca de seguridad; como las aves en su vuelo, así hemos ido hacia ti en busca de paz. El azar y el cambio laboran sin cesar en nuestro pequeño mundo de naturaleza y hombres, pero en ti no encontramos variabilidad alguna, ni sombra de mutación. Descansamos en ti sin temor ni duda, y enfrentamos nuestro mañana sin ansiedad. Amén.

La inmutabilidad de Dios se encuentra dentro de esos atributos menos difíciles de entender, pero para captarla, necesitamos disciplinarnos para distinguir y apartar los pensamientos con los que acostumbramos pensar acerca de las cosas creadas, de los menos acostumbrados que surgen cuando tratamos de asirnos de cuanto pueda ser comprendido con respecto a Dios.

Decir que Dios es inmutable equivale a decir que Él nunca difiere de sí mismo. El concepto de un Dios creciente o en desarrollo no se halla en las Escrituras. Me parece imposible pensar que Dios pueda variar de sí mismo en forma alguna. He aquí por qué: Para que un ser moral cambiase, sería necesario que el cambio se realizase en una de las tres direcciones siguientes.

Debe ir de mejor a peor, o de peor a mejor; o bien, considerando que la calidad moral permanece estable, debe cambiar dentro de sí mismo, como de inmaduro a maduro, o de un orden del ser a otro. Debiera estar claro que Dios no se puede mover en ninguna de esas direcciones. Sus perfecciones descartan para siempre todas estas posibilidades.

Dios no puede cambiar para mejorar. Puesto que es perfectamente santo, nunca ha sido menos santo de lo que es ahora, y nunca podrá ser más santo de lo que es y ha sido siempre. Tampoco puede cambiar Dios para empeorar. Todo deterioro dentro de la naturaleza inefablemente santa de Dios es imposible.

En realidad creo imposible hasta pensar en algo así, puesto que en el momento en que intentemos hacerlo, el objeto acerca del cual estemos pensando habrá dejado de ser Dios para ser algo distinto, y alguien inferior a Él. Aquél de quien estaremos pensando podrá ser una criatura grandiosa y maravillosa, pero por ser criatura, no puede ser el Creador existente en sí mismo. Así como no puede haber mutación en el carácter moral de Dios, tampoco puede haber mutación alguna dentro de la esencia divina.

*El Señor domina
sobre todas las
naciones;
su gloria está
sobre los cielos.
¿Quién como el
Señor nuestro
Dios, que tiene
su trono en las
alturas
y se digna
contemplar los
cielos y la tierra?
Salmo 113.4-6*

El ser de Dios es exclusivo, en el único sentido de esa palabra; esto es, su ser es ajeno a todos los demás seres, y distinto a ellos. Hemos visto cómo Dios difiere de sus criaturas por ser auto existente, autosuficiente y eterno. En virtud de estos atributos, Dios es Dios y no otro ser. El ser que pueda sufrir el más ligero grado de cambio, no será ni autoexistente, ni autosuficiente, ni eterno, y por tanto, no será Dios. Sólo un ser compuesto por partes puede cambiar, porque el cambio consiste fundamentalmente en una alteración en la relación entre las partes de un todo, o la admisión de algún elemento extraño dentro de la composición original.

Puesto que Dios es autoexistente, no es compuesto. En Él no hay partes que se puedan alterar. Además, puesto que es autosuficiente, nada puede entrar a su ser desde fuera. “Todo lo que está compuesto por partes”, dice Anselmo, “no es totalmente uno, sino que es plural en cierto sentido, y diverso de sí mismo; y ya sea de hecho o en concepto, es capaz de disolución. Estas cosas son ajenas a ti; mejor que tú, no es posible concebir nada.

Por tanto, no hay partes en ti, Señor, ni eres tú más que uno. Pero tú eres en realidad un ser unitario, y tan idéntico a ti mismo, que de ninguna forma eres desigual a ti mismo; en lugar de esto, tú eres la unidad misma, a la que ningún concepto puede dividir.” Todo cuanto Dios es, lo ha sido siempre, y todo lo que Él ha sido siempre y es, lo será para siempre. Nada que Dios ha dicho jamás acerca de sí mismo será modificado; nada de cuanto han dicho los profetas y apóstoles inspirados acerca de Él será rescindido. Su inmutabilidad lo garantiza.

La inmutabilidad de Dios aparece en su belleza más perfecta cuando se la contrasta con la mutabilidad de los hombres. En Dios no es posible cambio alguno; en los hombres es imposible escapar al cambio. Ni el hombre ni este mundo están fijos, sino que ambos se hallan en un fluir constante. Todos los hombres aparecen por un poco de tiempo para reír y llorar, para trabajar y jugar, y después irse para dejarles lugar a los que le seguirán en el interminable ciclo.

Ciertos poetas han hallado un morboso placer en la ley de la impermanencia, y han cantado en clave menor el canto del perpetuo cambio. Omar, el fabricante de tiendas, cantó con patetismo y humor sobre la mutación y la mortalidad, las enfermedades gemelas que afligen a la humanidad. “No golpees con tanta dureza esa arcilla”, exhorta al alfarero, “que pudieras estar golpeando el polvo de tu abuelo.” “Cuando levantes la copa para beber el rojo vino”, le recuerda la calavera, “pudieras estar besando los labios de alguna belleza muerta hace ya mucho tiempo.”

Esta nota de dulce dolor, expresada con un humor delicado, les otorga una radiante belleza a sus cuartetos, pero, por hermoso que sea, este largo poema es algo enfermizo, enfermo de muerte.

Como el ave hipnotizada por la serpiente que la va a devorar, el poeta está fascinado por el enemigo que lo está destruyendo a él, y también a todos los hombres, y a todas las generaciones de hombres. También los escritores sagrados se enfrentan a la mutabilidad del hombre pero son personas sanas, y hay una sana fortaleza en sus palabras. Han hallado la cura para la gran enfermedad. Dios, afirman, no cambia.

La ley de la mutación pertenece a un mundo caído, pero Dios es inmutable, y en Él los hombres de fe hallan por fin la permanencia eterna. Mientras tanto, el cambio obra a favor de los hijos del reino; no contra ellos. Los cambios que tienen lugar en ellos son producidos por la mano del Espíritu que vive dentro de ellos. “Por tanto, nosotros todos”, dice el apóstol, “mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.”

En un mundo de cambio y decadencia, ni siquiera el hombre de fe puede estar feliz por completo. De manera instintiva, busca lo inmutable, y se lamenta ante el paso de las cosas familiares y queridas.

*Oh, Señor, tengo el corazón enfermo, enfermo de este cambio continuo;
y la vida corre de manera tediosa con rapidez su incansable carrera
por sus variados caminos; el cambio no encuentra en ti nada que se
le parezca, y no despierta eco alguno en tu callada Eternidad.*

Frederick W. Faber

Estas palabras de Faber encuentran una respuesta comprensiva en cada corazón; con todo, por mucho que deploremos la falta de estabilidad de todas las cosas terrenales, en un mundo caído como éste, la capacidad misma de cambiar es un dorado tesoro, un don de Dios de un valor tan fabuloso, que nos exigiría una continua acción de gracias. Para los seres humanos, toda posibilidad de redención se encuentra en su capacidad de cambio.

Pasar de un tipo de persona a otro es la esencia misma del arrepentimiento: el mentiroso se convierte en veraz, el ladrón en honrado, el lujurioso en puro, el orgulloso en humilde. Toda la textura moral de la vida queda alterada. Los pensamientos, los deseos y los afectos son transformados, y el hombre deja de ser lo que había sido antes. Tan radical es este cambio, que el apóstol llama “hombre viejo” al hombre que existía antes, y el hombre que existe ahora es el

“nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno”.

Con todo, el cambio es más profundo y básico de lo que puedan revelar cuales quiera actos externos, porque también incluye la recepción de una vida de otra calidad más alta. El hombre viejo, aún en sus mejores momentos, sólo posee la vida de Adán; el hombre nuevo tiene la vida de Dios. Y esto es más que una simple forma de hablar; es literalmente cierto.

Cuando Dios infunde la vida eterna en el espíritu de un hombre, ese hombre se convierte en miembro de un orden de seres nuevo y superior. En la realización de sus procesos redentores, el Dios inmutable hace pleno uso del cambio, y por medio de una sucesión de cambios, llega por fin a la permanencia. En la epístola a los Hebreos es donde se muestra esto con mayor claridad. “Quita lo primero, para establecer esto último.”

Esto es una especie de resumen de la enseñanza de este notable libro. El pacto antiguo, como algo que era provisional, ha sido abolido, y el pacto nuevo y eterno ha tomado su lugar. La sangre de machos cabríos y de toros perdió su importancia cuando fue derramada la sangre del Cordero Pascual. La ley, el altar, el sacerdocio, eran todos temporales y sujetos a cambio; ahora, la ley eterna de Dios ha quedado grabada para siempre en el género vivo y sensible del que está compuesta el alma humana. El santuario antiguo ya no existe, pero el santuario nuevo es eterno en los cielos, y allí es donde el Hijo de Dios ejerce su sacerdocio eterno.

Vemos así que Dios usa el cambio como un humilde siervo para bendecir a su casa redimida, pero Él mismo se halla fuera de la ley de la mutación, y no es afectado por cambio alguno que tenga lugar en el universo.

*Y todas las cosas, mientras cambian, proclaman que el
Señor es eternamente el mismo.*

Carlos Wesley

De nuevo surge la cuestión de la utilidad. “¿Qué utilidad tiene para mí el saber que Dios es inmutable?”, preguntará alguno. “¿Acaso no es todo esto una simple especulación metafísica, algo que les pueda proporcionar cierta satisfacción a las personas con un cierto tipo concreto de mente, pero que no puede tener importancia real para los hombres prácticos?”

Si llamamos “hombres prácticos” a los incrédulos enredados en los asuntos del mundo, e indiferentes a las exigencias de Cristo, el bienestar de su propia alma o los intereses del mundo

por venir, entonces para ellos un libro como este carecerá por completo de sentido; también carecerán de sentido todos los demás libros que tomen la religión en serio.

Sin embargo, aunque es posible que estos hombres sean mayoría, de ninguna manera componen el total de la población. Aún están los siete mil que no han doblado la rodilla ante Baal. Éstos creen que fueron creados para adorar a Dios, y para gozar por siempre de su presencia, y están ansiosos de aprender todo cuanto puedan acerca del Dios con el que esperan pasar la eternidad.

En este mundo donde los hombres nos olvidan, cambian sus actitudes hacia nosotros según les dicten sus intereses privados, y revisan su opinión acerca de nosotros por la causa más banal, ¿no es acaso una fuente de maravillosa fortaleza el saber que el Dios con el que tenemos que ver no cambia, que su actitud hacia nosotros ahora es la misma que tenía en la eternidad pasada, y tendrá en la eternidad por venir? Cuánta paz trae al corazón cristiano el darse cuenta de que nuestro Padre celestial nunca difiere de sí mismo. Al llegarnos hasta Él en cualquier momento, no necesitamos preguntarnos si lo vamos a encontrar de buen humor. Él siempre está receptivo ante el sufrimiento y la necesidad, y también ante el amor y la fe. Él no tiene horas de oficina, ni aparta momentos en los cuales no quiere ver a nadie.

*¡Alaben al Señor,
alaben a Dios nuestro
salvador!
Pues cada día nos
lleva en sus brazos.
¡Nuestro Dios es un
Dios que salva!
El Señor Soberano nos
rescata de la muerte.
Pero Dios aplastará
las cabezas de sus
enemigos, aplastará
los cráneos de los que
aman sus caminos
perversos.
Salmo 68.19-21 (NTV)*

Tampoco cambia su pensamiento con respecto a nada. Hoy, en este momento, siente hacia sus criaturas, hacia los infantes, los enfermos, los que han caído, los pecadores, lo mismo que sentía cuando envió a su Hijo unigénito al mundo para que muriese por la humanidad.

Dios nunca cambia de humor, ni se enfría en sus afectos, ni pierde el entusiasmo. Su actitud hacia el pecado es ahora la misma que era cuando echó al hombre pecador del huerto del oriente, y su actitud hacia el pecador es la misma que cuando extendió sus manos y clamó: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”

Dios no entra en componendas, ni necesita que se le presione. No es posible persuadirlo para que altere su Palabra, ni convencerlo para que responda a una oración egoísta. En todos nuestros esfuerzos por hallar a Dios, por agradecerle, por tener comunión con Él, debemos recordar que todos los cambios nos corresponden a nosotros. “Yo Jehová no cambio.”

Todo lo que nos toca hacer es cumplir con sus términos presentados con tanta claridad, traer nuestra vida a la sintonía con su voluntad revelada, y su poder infinito comenzará de inmediato a operar a favor nuestro en la manera indicada en el evangelio, dentro de las Escrituras de la verdad.

*Fuente del ser, Fuente del Bien, inmutable tú permaneces,
y no puede la sombra de un cambio oscurecer las glorias de
tu reino. La tierra se disolverá con todos sus poderes, si así
lo dispone el gran Creado, pero tú por siempre eres el
mismo; tu memorial sigue siendo YO SOY.*

Tomado de Walker's Collection